

MARMOLES LIRICOS

MUNICIPALIDAD DE CUENCA



ADMINISTRACION DEL ALCALDE
SR. DN. ENRIQUE ARIZAGA TORAL



DIRECTOR DE PUBLICACIONES:
VICTOR MANUEL ALBORNOZ



POETAS AZUAYOS



REMIGIO TAMARIZ CRESPO



MARMOLES LIRICOS



CUENCA-ECUADOR

UN GRAN POETA MUERTO

U andar se había hecho ya tardinero, con vacilación de crepúsculo que saluda a la noche. Así, con paso lento, inoroso, como si cuidase de no hollar las rosas del camino, pero ni siquiera a los alacranes del egoísmo o la envidia, cada mañana de estas mañanas frías de Julio y Agosto venía REMIGIO TAMARIZ CRESPO a mi oficina de Director de Publicaciones, más que a corregir las pruebas de este florilegio de versos, a cruzar ideas, a discutir opiniones, a comentar temas literarios o históricos, que solía tratarlos con perspicacia sorprendente.

Sobre todo en los últimos tiempos, su faceta intelectual fue intensa y fructuosa: mantenía activa correspondencia con hombres de letras del país y del extranjero; después de revisarla, puso en orden gran parte de su abundante obra poética; pero en lo que más se afanaba era en continuar un extenso estudio que sobre prehistoria ecuatoriana venía escribiendo con buen acopio de datos y sólida documentación.

De esto y de aquello, de las graves cosas de la erudicción y de las galanas explosiones de la fantasía, entrelazaba su amena conversación. Tenía siempre la sonrisa en los labios, igual que el viejo timonel de un barco que conoció de la furia de todas las borrascas. Su mansedumbre jesucristina hablaba en silencio de la crucifixión de su alma. Alguna vez, cuando lo invitó a ello algún recuerdo de esos que no quieren dormirse en el corazón, surgía el lento desgranar de sus confidencias: ensueños rotos, ilusiones perdidas, esperanzas frustradas. Siempre una pena, un desengaño, algo irrealizable. Pocos nombres, y mucha angustia.

Era la personificación de la delicadeza espiritual, el prototipo de la bondad, el ejemplo de la pulcritud. Y es un gran poeta, por la hondura del sentimiento y por la alteza del pensar.

Todas las mañanas venía, sonriente y afable; pero hoy, precisamente el día en que debió concluirse este hermoso haz de poesías suyas, en lugar de él sólo llega la triste noticia de que ya no volverá más, pues que ha tomado el camino de las estrellas.

A su biografía hay, pues, que agregar la última nota: Remigio Tamariz Crespo murió inesperadamente hoy 18 de Agosto de 1948. Se fue al amanecer, a la hora en que las golondrinas se despiertan para tender las alas y elevarse al cielo.

Victor Manuel Albornoz



REMIGIO TAMARIZ CRESPO

LO considera Crespo Toral como a un representante del genio de la tierra azuaya y M. Moreno Mora como a «uno de los poetas de la escuela cuencana que con más vivo colorido ha transfigurado la realidad circundante en su arte apasionado». En la poesía de Tamariz Crespo hay un consorcio entre lo pictórico y lo espiritual y abundancia de matices que corresponde a la vivacidad de sus poemas narrativos, con personajes de la comarca y examen de sentimientos que lo alista en la tendencia romántica. Tiene cantos como «El Solitario» y «El Capulí», citados como antecedentes de la poesía indianista y señalados en las antologías, habiéndose asig-

nado a obras como «Lucía» o «Malvarrosa», las características del sentir romántico en América por más que recordasen brevemente los idilios de Chateaubriand o la dulce tristeza de Musset.

AUGUSTO ARIAS y ANTONIO MONTALVO
(*Antología de Poetas Ecuatorianos*. Quito. 1944).

HE admirado los formidables sonetos de Ud., que figuran en la mencionada Antología (EL AZUAY LITERARIO. Cuenca, 1930). y sé decirlo con absoluta sinceridad que no los he leído tan perfectos, tan llenos de cabal colorido, tan veraces en su expresión gráfica, tan hondamente poéticos y evocadores, sino en los mayores poetas de América, como un Chocano, un José E. Rivera, un Herrera y Reissig, un Víctor Ruiz. . . *El Río*, *Las Algas*, *La Pesca*, etc., etc., son majestuosos lienzos pintados de mano maestra, en los cuales adviértense perspicaz observación o inspirado número. *Sol de Ocaso* es un soneto, a mi entender, perfecto. Para leer otros como ese es necesario buscarlos entre los de Herrera y Reissig y de Lugones. La arquitectura rítmica del soneto es impecable y la imagen poética con que rematan los tercetos, seductora de veras.

IGNACIO RODRÍGUEZ GUERRERO
(Carta del polígrafo colombiano a Tamariz Crespo «*La Patria*». Quito).

ALGUNOS DATOS BIOGRAFICOS

Remigio Tamariz Crespo nació en Cuenca, en la República del Ecuador, en Abril de 1884.

Abogado. Ex—Presidente de la Corte Superior de Justicia del Distrito Azuayo.

Diputado y Senador de la República en varios Congresos.

Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española. Presidente del Consistorio de la Fiesta de la Lira de Cuenca. Miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, etc., etc.

BIBLIOGRAFIA

Canto a la Juventud. Laureado, 1906.—*A mi Patria en la trágica muerte de sus tiranos*, 1912.—*Canto a García Moreno y a la Consagración del Ecuador*. Laureado, 1914.—*Lucía*, 1916.—*Malvarrosa*, 1918.—*Senda de Mandrúgoras*, 1919.—*Yaraví Métrico*. Laureado, 1921.—*Cronos Tropicales*. Laureados, 1923.—*El Capulí*. Laureado, 1925.—*Mármoles Líricos*, 1948.

Pompa floral



ON sus opulentas copas los frutales
alzan sobre el Valle regios pabellones;
esmeralda y púrpura son los cafetales,
y el pomar da mieles, y el palmar, canciones.

¡Qué de árboles lucen guirnaldas nupciales;
los laureles piden bardos y campeones;
fingen lagos de oro los cañadulzales,
y el mangal, doseles de ígneos corazones!

La imperial naranja, la gloria refleja
del Sol, y es más dulce, más linda y sabrosa
que la roja fruta de la tentación...

Y entre tantas flores, la más caprichosa
da el pródigo plátano, cuya flor semeja,
entre glaucas vendas, lívido muñón.

En la cumbre



LBOR tenue, opalescente, desde gris lejanía,
va aclarando las brumas del confín oriental,
y, confusa, destaca la eminencia sombría
en que prende la niebla su fantástico chal.

El soplo intermitente de la ráfaga fría,
como un mar ceniciento, sacude el pajonal,
y finge los gañidos de invisible jauría
en las profundas quiebras que cubre el matorral.

El solar abanico despliega el varillaje
desde un disco de fuego, que decora el paisaje
con las mágicas tintas del primer arbol.

Y en la cúspide asoma —rey del páramo— el toro,
que se ostenta nimbado de relámpagos de oro,
cual si en la frente alzara, desde el abismo, el sol.

El buey



UÉ alegremente empieza la zafra en la hondouada
en la que solar lago finge el cañaveral,
y, con machetes fúlgidos, la activa peonada
va despojando al valle del oro tropical!

El buey, en sus pupilas de apacible mirada,
copia cielos y cumbres y la planicie erial,
y, en toscas angarillas, lleva carga dorada
cual fantásticos haces delpreciado metal

que cerca del trapiche, ruidosamente arroja,
y la cerviz astada, con lentitud, inclina,
buscando humildemente su mísero salario:

el que ocultan las cañas, una hoja esmeraldina,
y con ella se nutre, porque en sudor la moja,
y así da la más sabia lección al proletario.

El faique



N el Valle apacible como un lecho de amores
resplandecen cual ascuas los soles del verano
que evaporan las linfas del infecto pantano
y oro y púrpura engarzan en racimos y flores.

Calma y fuego en el aire. Se oyen sólo rumores
de los bronces chirriantes de un trapiche lejano
y las dianas de gloria de chirotes cantores
que devoran el oro del maizal en el llano.

Sobre el tronco desnudo, como glaucos broqueles
contra fúlgidas flechas del solar Sagitario,
en las áridas cimas y el playón solitario,

—parasoles del Valle de los dones divinos—
tiende el Faique sus frondas con perpetuos caireles
y un profuso consorcio de topacios y espinos.

El río



A entre densos follajes se recata
o espejea, tremando, en la llanura,
y su radiante majestad dilata
hasta el límite azul de la espesura.

Trenza cristales de oro y escarlata
con floridos festones de verdura,
y en paralelos ángulos de plata
se riza ante la prora que fulgura.

En linfas como espejos encendidos
ondula el firmamento idealizado
y tiemblan los paisajes invertidos.

El barco estrella tumbos en las rocas,
y el Sol se rompe en el cristal rasgado
y se deshace en llamaradas locas.



Venus viva



CUANDO el viento, en la margen, impetuoso,
se abrazó a tu belleza peregrina,
ví en cada seno un cáliz voluptuoso
y ví en tu pecho una ánfora divina.

Luego, audaz, con artístico alborozo,
ciñó a tus formas la áurea muselina,
y un ídolo de amor más armonioso
no soñó ni la edad greco latina.

Porque en tí juntas las eternas normas
del ideal, y las virgíneas formas,
capullos que abre el sol de la alborada.

Pensé entonces, en dulce arrobamiento,
¡que eres la única Venus animada,
y que es Fidias discípulo del viento!

En el baño



AJO el dosel de flores del repecho,
tu cuerpo entregas al amor del río,
y ocultas con las manos sobre el pecho
un tesoro que nunca será mío.

El Artista de Milo tal habría hecho
a Venus, presa de pudor y frío,
antes de entrar al espumoso lecho
que le ofrece cantando el mar natío.

El agua, en torno a tu beldad, agita
las ondas en que ríes y destellas
y que ansían triunfar de tu recato...

Y piensa el fauno que en mi ser dormita:
—¡quién pudiera ceñir, cual ciñen ellas,
el mármol vivo de su pecho ingrato!

A Nella Masimowa

En la danza del Nocturno
II de Chopin.



CON nívea veste y funeraria toca,
a extraño ritmo tu beldad entregas,
y rauda giras y angustiada bregas
como celeste mariposa loca.

¿Qué trágica visión tu mente evoca?
¿A qué implacable dios en vano ruegas,
y los ojos en lágrimas anegas
y el rictus del dolor crispa tu boca?...

Al fin, vencida al musical martirio,
semejas, al caer, tronchado lirio;
mas presto arrojas las luctuosas galas

¡y te yergues, radiante de belleza,
como el alma que surge de la huesa
y en la lumbre de Dios bate las alas!

Matinal



AJO la comba fúlgida, la Aurora
surge embocando su clarín sonoro,
y el bosque virgen se estremece y dora
y al sol saluda en soberano coro.

Al beso de la lumbre bienhechora,
la Vida ostenta su inmortal tesoro,
y, en la embriaguez del ansia creadora,
baña su seno en un torrente de oro.

Queda la angusta selva fecundada,
y, fingiendo celeste carcajada
o loco aplauso a la victoria de Eros,

cae sobre las frondas primitivas
el enjambre de loros vocingleros,
como una lluvia de esmeraldas vivas.

El Cóndor



TIEMBLA y gime el becerro sobre el césped tendido
con la piel que aún la sangre maternal empurpura,
y la vaca le lame con paciente ternura
hasta dejarle de húmedo terciopelo vestido.

De pronto, se oye un lúgubre, persistente mugido,
y la madre ve al cielo con siniestra bravura,
porque el cóndor, sobre ella revolando, procura
hincar las férreas zarpas en el recién nacido.

Al fin, loca y vencida, bramando, huye al bosque,
y celebra el famélico su victoria salvaje
en las rotas entrañas de la víctima inerte.

Y —heliogábalo aéreo— vuela apenas, ahito,
y las garras sangrientas signan en el granito
el pacto del Monarca del Ande con la Muerte.

Las algas



N el misterio del remanso crecen
cual una glauca cabellera viva
y, blandamente, sin cesar se mecen
con el temblor del agua fugitiva.

Las corolas de luz en que florecen
besan de la onda la beldad esquiva,
y, etéreas y fantásticas, parecen
flores del cielo que el raudal cautiva.

Entre el dédalo de hojas y de lamas,
serpean como flechas diamantinas
raudos peces de fúlgidas escamas.

Y el agua azul en el froudal se pierde
y se oye secretear a las Ondinas
en la quietud de la penumbra verde.

La Garza



Al resplandor del orto y del poniente,
cual una flor de espuma, en la ribera
mira pasar la rápida corriente
que entre algas y juncuales reverbera.

Tal vez evoca en éxtasis doliente
de su bosque natal la primavera,
o está implorando misteriosamente
un bien que tarda y sin cesar espera.

Quizá le llega arcano llamamiento
en los alisios de una playa ignota
y, súbita, se eleva al firmamento.

Y cuando hiende el sideral vacío,
bien se diría que en el viento flota
el alma melancólica del río.

El nadador



AGIL y fuerte, arrójase, saltando,
en la profunda transparencia ignota,
y en diamantes estalla el agua rota
que, en círculos, se aleja murmurando.

Surge lejos, las greñas agitando;
el recio dorso entre la espuma flota
y, al braccar, sonoramente azota
las olas que su pecho va empujando.

Cruza el remanso cual gallarda quilla;
redobla su vigor contra el olaje,
y, cuando llega a la contraria orilla,

se yergue sobre el borde de canagua,
bajo el dosel del tropical follaje,
como un bronce bañado en sol y en agua.

La pesca



L pescador, en el raudal dormido,
hunde el anzuelo cautelosamente,
y lo levanta, si agitarse siente
la cuerda en el cristal estremecido.

Del engañoso hierro suspendido,
relampaguea el pez en la corriente
y viene a saltos sobre el haz luciente,
como un rayo de luz enloquecido.

Su vivo argento en púrpura se baña
al arrancarle el hierro de la entraña,
y se retuerce en batallar violento

en la cesta, en que acaba sus martirios,
entre un deslumbrador hacinamiento
de estrellas rotas o convulsos lirios.

El caimán



FLOR de agua, se asoma, acorazado,
del soberbio caudal el rey sombrío,
que extiende su tremendo poderío
a las playas y al légamo inundado.

Por espumosa elipse circundado,
rompe las aguas con solemne brío
y, ante él, la fauna tímida del río
se desbanda en tropel alborotado.

Trepa, viscoso, a la dorada roca
y, abriendo al sol la formidable boca,
luce un ebúrneo y trágico tesoro.

Sagitario lo mira en la ribera
y, deteniendo un punto la carrera,
le hunde en las fauces una flecha de oro.

Sol de ocaso



INGE el poniente mágica paleta:
sobre franjas de púrpura radiosa,
hay vivos tonos de color de rosa
y suaves tintas de ágata y violeta.

Más rojo, cuanto más baja a su meta,
agranda el Sol su esfera temblorosa,
semejante a una llaga luminosa
que inundara de sangre el agua quieta.

Absorto el cielo y dolorido el mundo,
se enlutan por el astro moribundo,
y, a que torne a brillar la luz que expira,

juntan los holocaustos de su duelo,
y sobre el bosque transformado en pira
se quema vivo el corazón del cielo.



Vesperal



UEDA el alma del Sol en los desiertos
de la cerúlea inmensidad marina
y un fulgor melancólico ilumina
cielos nublados y paisajes muertos.

Llegan del bosque fúnebres conciertos,
y va sembrando el Hada vespertina
en el fondo del agua diamantina
luceros como lirios entreabiertos.

Contempla la última ave pescadora
a Vésper en la linfa tembladora,
y húndese, y sigue su radiante huella.

Y cuando el vuelo en el azul desata,
agítase en su pico un pez de plata,
como si fuese un radio de la estrella.

Plenilunio



PERLINOS lampos el oriente riela
del sol en la medrosa sepultura,
y un celeste prodigio el bosque augura,
que la tristeza vespéral consuela.

Por las marañas del frondal, se ciela,
en trémulos cordajes, lumbre pura,
que argenta guijas en la playa oscura
y los penachos del palmar niquela.

Nevando, a trechos, el caudal dormido,
como un velo sutil, la luz se tiende
que desde un arco alabastrino arranca.

Y en plenitud triunfal la Luna asciende,
cual si surgiera el Sol descolorido,
en el milagro de una aurora blanca.

Alta noche



O falta ni una estrella en las alturas,
oh! prodigiosas noches tropicales,
en que parece que en las ondas puras
se deshojan las flores siderales.

Se eleva de las márgenes oscuras
el clamor de los seres nocturnales,
y hay un incubamiento de hermosuras
en la paz de las cosas terrenales.

En la niebla que emerge de las olas,
trazan rúbricas de oro las luciolas
y arrebújase el río adormilado.

Y, de la noche en el solemne duelo,
la infinita Belleza se ha enojado
y bajo el agua ha florecido el cielo.

Puerto nocturno



LOS fantásticos buques balancean
sobre aguas cual abismos tenebrosos,
y estallan en rugidos y sollozos
las ondas que las márgenes golpean.

Los inertes velámenes blanquean
como remos de albatros misteriosos,
y perforan los mástiles airosos
las brumas que la rada señorean.

Fanales de policromos fulgores
irisán la inquietud de los cristales;
rayan en lo alto lúgubres capuces,

y del agua en los reinos interiores,
fingen intercolumnios ideales
de un tembloroso Partenón de luces.

Indice

	PÁGINAS
UN GRAN POETA MUERTO	3
RENIGIO TAMARIZ CRESPO	5
Pompa floral	7
En la cumbre	8
El buey	9
El faique	10
El río	11
Venus viva	12
En el baño	13
A Nella Masimowa	14
Matinal	15
El cóndor	16
Las algas	17
La garza	18
El nadador	19
La pesca	20
El caimán	21
Sol de ocaso	22
Vesperal	23
Plenilunio	24
Alta noche	25
Puerto nocturno	26

SE ACABO DE EDITAR
ESTE CUADERNO DE POESIAS
EL MISMO DIA EN QUE SU AUTOR
ALCANZO LA PAZ DE DIOS:
18 DE AGOSTO DE 1918.
ORNAMENTO E HIZO LA IMPRESION
EL REGENTE DE LA TIPOGRAFIA
MUNICIPAL DE CUENCA,
JUAN HERRERA ALBUJA.





E0040476
FER1 (Ej.2)